

caron á Ricardo este grito : « ¿ Pero tú creías que fui yo ? »

— Sí, contestó muy quedo, sin hallar fuerzas para mentir. Y su marido, tan turbado cómo ella : « ¡ La misma idea tuve yo de ti ! »

Lidia exclamó : « ¿ De veras ? » Y súbitamente iluminada su mente : « Ah, ya comprendo porque me decías que huyera... porque dejabas creer á ese juez... querías que te condenaran en lugar mío... ¡ Mi marido... mi querido esposo !

Arrojóse en sus brazos sollozando. Ricardo deslumbrado sentía el vaivén de los senos, la emoción del hermoso cuerpo debajo del peinador de encaje. « Ven á decirme que me quieres y me creeré pagado por todo », murmuró impulsándola suavemente.

XX

— Lidia.... Ricardo... Ea, perezosos... han dado el último toque para la misa.

La prima Elisa, que hace dos días está en la quinta, llamaba y revoloteaba debajo de las ventanas del Pabellón, mientras la campana de la Pequeña Capilla derramaba sus notas claras en el silencio de un domingo por la mañana, y mientras la Sra. de Fénigan aparecía en el fondo del pasadizo, con su andar majestuoso de señora rica, llevando en la mano un devocionario dorado, y en la otra su ridículo, donde resonaban las llaves y los anillos.

— ¿ Y Ricardo ? preguntó la madre, viendo presentarse á Lidia sola, elegantemente vestida de negro, en contraste con los colores vivos y chillones de la pequeña Caperucita Encarnada.

— Leimos hasta muy tarde y no he querido despertarlo, contestó la joven ruborizándose por

su mentira y dándose prisa por llegar á la capilla mientras acababa de ponerse los guantes.

Ricardo no dormía, sino que extendido en la cama, con los párpados cargados de delicioso cansancio, se debaja mecer á flor de sueño por el repique de Santa Irene, que penetraba por la ventana, con el correr de la fuente de la esquina y los choques de su vaso... ¿Cómo es que no había acompañado á su familia? Sin duda el temor de parecer ridículo, la molestia de entrar allí, de dejarse ver después de los recientes sucesos. Y sin embargo, en aquella humilde iglesia del camino había sentido su madre la gracia, la piedad humana; y desde allí salió para ir en busca de la fugitiva. Sí, debía gratitud á la Pequeña Capilla: y aunque su orgullo sufriera... uno de los próximos domingos...

... La campana daba sus últimos tañidos. En la torpeza de la somnolencia llegó hasta Ricardo la voz cascada de Chuchín el guarda-pesca, quien le recordaba que tenían que echar las redes hacia la isla de los Gorriones antes de que subiera demasiado el sol. Echóse rápidamente fuera de la cama y al salir tropezó en la puerta con una vieja muy decrepita que se marchaba de prisa, llevándose un magnífico ramo de flores, que acababa de entregarle Rosa Chuchín. Hacía ya tiempo que el aire

misterioso y cortado de la criada llamaba su atención. Volvió atrás y le preguntó receloso.

— ¿Quién es esta mujer?

— La tía Lucriot, de Draveil.

— ¿Y esas flores? ¿Con qué objeto?

Rosa lo ignoraba. La señora le había dicho que entregara un ramo á la tía Lucriot todas las mañanas, sin decirle otra cosa. Ricardo no preguntó nada más, pareciéndole más digno hablar del caso á Lidia; sólo que volvió á sentirse muy triste. Al volver la esquina tropezó con la gente que salía de misa, mucho taconazo y ruido de sedas. En el grupo de las Fénigan, la Caperucita Encarnada hablaba con agitación, sacudiendo su sombrilla y sus cintas: «Lo que V. quiera, prima. No me gusta rezar por gentes que no conozco... Y además, si hubiera sabido que era una misa de difuntos, me habría puesto un traje menos llamativo, negro como el de Lidia.

— Pero yo... yo no lo sabía, murmuró Lidia que la mirada de su marido al traje negro inquietaba. Ricardo preguntó: «¿Y por quién esta misa de difuntos?

— Nadie lo sabe, ni el Sr. Merivet tampoco, contestó Elisa, mientras Fénigan, llamando á parte á su mujer, le preguntó, de prisa y muy bajo:

— ¿Y tú lo sabes?

— Sí.

— ¿ Es la misma persona á quien mandas flores ?

Lidia se estremeció de sorpresa y con resolución : « La misma... sí... el tío Jorge... » Y esto fué todo.

Eran tan dichosos desde hacía unos días, la ola que los mecía agitaba tanto sol con suave movimiento, cantaba una música tan embriagadora, que la joven había tenido miedo de introducir en esa felicidad su lamentable y humillante aventura. ¡ Si al saber que era hija de aquellos vagabundos, de una raza nómada y enemiga fuera á dejar de amarla ! Ante todo temía la explicación con su suegra, muy distinta de lo que era sin embargo, muy tierna y maternal, pero de orgullo más altivo aun que el de su hijo. Y dejaba para más adelante esta inevitable explicación, contando con la influencia del abate Ceres. Por desgracia, las palabras y el aire preocupado de su marido le advirtieron que no podría guardar mucho tiempo su secreto.

En vez de bajar á la pesquería, Ricardo siguió andando por el camino : ya sus redes no le interesaban. Iba pensando en aquella misa, en aquellas flores, sobre todo en aquel traje negro, demostración realmente excesiva por el anciano

mendigo. No, era inverosímil que se tratara del tío Jorge; no habría puesto en ello tanto misterio.

... ¿ Entonces de quién ? ¿ Del otro, del que dormía en el fondo del parque de Granburgo, en el orgulloso mausoleo de familia ? ¿ Sería posible que todavía pensara en él ? Para convencerse, bastábale entrar en casa de los Lucriot, que se alojaban en montón, en una antigua garita de peón caminero, detrás de Draveil. Se lo preguntaría á la vieja... Y mientras sus pasos lo llevaban casi inconscientemente hacia ese punto, el camino desarrollaba ante su vista la tranquila apariencia del domingo. Napoléon Merivet, que acababa de cerrar su iglesia, lo amenazaba desde lejos con la llave, y Ricardo furioso pensaba... ¡ no, nunca pondría los pies en aquella iglesia del perdón sin condiciones, donde se ora por los que hacen daño !.. Después fué el saludo obsequioso y astuto del Sr. Alejandro, que pasaba, equipado y vestido de cazador, no obstante hallarse cerrada la caza. Volvía de estar matando conejos toda la mañana en los terrenos reservados de Granburgo; y su morral, su fusil, sus altas polainas, todo era nuevo, todo brillaba y chillaba. Hasta el perro que le seguía, tímidamente acurrucado contra su amo, parecía después de cinco horas de batida un perro de cartón, acabado de sacar de una caja. « ¿ Buena

caza, Sr. Alejandro ? » gritaban las muchachas de las granjas. La panadera, inclinándose debajo del alero de su coche, preguntaba también al pasar : « ¿ Ha sido buena la caza, Sr. Alejandro ? » Á todos y á todas contestaba el antiguo lacayo con tono suelto y negligente, parecido al que usaban en el palacio de los Alcántara : « No, no he visto nada. » Tampoco había visto nada el perro. Pero ambos habían dado sin duda tantas veces la misma contestación, que habiendo preguntado desde lejos una de las hijas del caminero, que servía el almuerzo á su padre sobre la carretilla volcada : « ¿ Ha cazado V. mucho, Sr. Alejandro ? ¿ Tiene V. algo para mí ? », el antiguo lacayo se volvió como si le hubiera mordido una víbora y chilló con aire conquistador y rabiosillo : « ¿ Algo para ti ? Siempre lo tengo. » El tono era tan divertido que Ricardo no pudo menos de reír ; sin embargo, el encuentro que tuvo poco después volvió á sumirlo en sus pensamientos sombríos y sus angustias.

En la esquina de la pendiente que baja hacia el puente de Ris, vió parado un carro lleno de muebles, dos gigantes se movían al rededor, y apretando los frenos, volviendo á poner en su sitio las correas, y luego la voz de la nuera Saltacor gritó : « ¡ Arre ! » La carreta empezó á andar

lentamente, siguiendo los dos hombres que iban uno junto á otro sin hablar. Ricardo se apartó para no encontrarse con los infelices y les vió alejarse por la pendiente llena de baches, sacudiendo sus robustos hombros con estremecimientos que parecían sollozos. ¡ Qué dolor para el anciano guarda esa partida ! Su bosque, su Ermita, toda su vida arrasada, perdida, por un capricho de señorito. Pero esta vez el miserable había pagado caro su capricho... Tan joven, un gran nombre, el mayorazgo más rico de Francia ; daba lástima tal fin ! y en resumen la compasión de Lidia, sus ramos y sus oraciones no tenían nada de culpable. ¿ Merecía eso la degradante investigación en casa de los Lucriot, junto á la calumnia y los andrajos ? Tanto más cuanto que el pequeño cementerio estaba cerca y que buscando la sepultura del tío Jorge, no tardaría en saber si su mujer había mentido. Al echar en esta dirección, la banda de música de Draveil, que daba su paseo de los domingos, pasó junto á él con la bandera desplegada. Iban á cuatro en fondo hacia el campo, soplando en el cobre de sus trompetas con sus buenas mejillas de aldeanos, afeitadas y negruscas que doraba el galón de las gorras, marcando el paso con un ritmo heroico que hacía levantarse en los trigos las perdices.

Ya Ricardo veía detrás de una elevada pared á la entrada del pueblo los lejos y las tumbas blancas, cuando, acometido de nuevo por sus vacilaciones, se sentó en un banco de piedra á orillas del camino. Pues bien, no, resueltamente no, ese paso tenía algo de miserable después de su reconciliación con Lidia y no lo daría. ¿ Por qué no decir sencillamente á su esposa : « me creía curado y no lo estoy; pensaba concluído todo con la muerte y estoy celoso hasta de la muerte. Te suplico que renuncies á esta piedad póstuma en tu corazón, que me desgarrar el alma... Soy muy desdichado. » Al pensar esto, se calmaba, se tranquilizaba y poco á poco la gran tranquilidad del domingo que le rodeaba, las sombras inmóviles, las llanuras inmensas y desiertas, campos de colza y de alforfón cuya oleada plateada y de color de oro se movía hasta el lindero de los bosques, acabaron por derramar en su espíritu refrescante dulzura, como si se tratara de herido á quien hacen beber después de quitarle su pesada coraza.

¿ Cuánto tiempo permaneció allí? La música del pueblo había pasado y vuelto á pasar, haciendo brillar al sol sus instrumentos y sus medallas; después el ganado de las granjas, algunos caminantes, el cartero. « Trapos y hierro viejo que comprar », y su grito melancólico, el jorobadito

vendedor de calzado, todas las figuras del conocido juego. De pronto resonó el toque de las doce en veinte pequeñas iglesias que se contestaban unas á otras, y las campanas de las quintas vibraron en los patios llamando al almuerzo. Sólo entonces, y al levantarse, notó Ricardo que estaba sentado en el pedestal de una elevada cruz de hierro puesta en el sitio donde cayó herido por la congestión su propio padre. Un recuerdo, más superticioso que tierno, evocó la imagen lejana, atenuada, de ese padre que apenas conociera. ¿ Acaso le venía de él aquella quemadura interior, el horrible mal de los celos que había penetrado en su carne y en su sangre? ¿ Era hereditario en los Fénigan como el orgullo? ¿ una de esas mandas misteriosas que los testamentos no mencionan?.. « Ah padre, padre... suspiraba el pobre Pum pum volviendo á su casa con el tararear de los días tristes, menos molinos, menos haciendas y praderas, con tal de no sentir esta horrible herida de que nunca me curaré completamente... »

Hasta la noche pesó sobre la quinta cierto malestar no obstante las alegres risotadas de la Capercita Encarnada. En efecto, Elisa acudió á casa de sus parientes apenas supo la catástrofe, precipitándose en seguida á casa del juez de instrucción, y Ricardo le debía su rápida libertad. En

Draveil, en Soisy no dejó de decirse: « Esos Fénigan son tan ricos... no hay miedo de que la justicia se meta con ellos... » La verdad es que Delcrús comprendía que había faltado con sus amigos. No importa, á impulsos del amor y con una buena dosis de impudencia, anunció su visita para aquel domingo por la noche; y ya puede pensarse si fué comentada en la cocina y en casa del jardinero. Cuanto á Rosa Chuchín — causa de todo el drama con su carta anónima, — así que oyó por la noche la campanilla de la verja, corrió á encerrarse y no se movió. En el salón, abierto en el oloroso silencio del parque, el hombre de duras patillas negras halló la frase que á cada cual convenía. Sus dientes de lobo relumbraban ante las carnes aterciopeladas y regordetas de Elisa y á la vez que invitaba á Lidia para que les tocara algo en el piano, hacía leer á Ricardo y á su madre un artículo ditirámico en favor de los Fénigan, que había visto la luz aquella misma mañana en el *Diario de Corbeil*. Lo firmaba *Verax* y tenía redondeos de frases hueras é insignificantes, con grandes gestos y llamativos, cuyo autor no era difícil adivinar. Por desgracia, el mismo número contenía las líneas siguientes:

Esta mañana se ha celebrado en la capilla de Granburgo, así como en las principales iglesias de la comarca, Draveil,

Soisy, Ris, Athis y Morangis, una misa por el eterno descanso del príncipe de Olmutz. Al terminar el servicio divino, los Sres. Duques de Alcántara, ambos muy enfermos, salieron para la Engadina, con el Dr. Juan Metzger.

Ricardo pasó largo rato mirando este suelto, como si lo deletreara ó lo tradujera, y después se acercó al piano y puso en el pupitre, sobre el papel de música, el periódico doblado y marcado con la uña, para que lo viera Lidia. « Ya estoy enterado... He ahí por quien rezabas esta mañana, dijo en voz baja... ¿También eran para él las flores? »

La joven alzó sus hermosos ojos llenos de angustia: « ¡ Oh Ricardo !.. » y sin dejar de tocar, sus lágrimas caían en grandes gotas sobre las teclas y sus manos. Al pronto, con gesto arrebatado, contestó levantándose: « Ven... voy á contártelo todo. »

— ¿ Adónde van ustedes? preguntó la madre sorprendida; pero ya estaban fuera del salón.

El domingo siguiente á la hora de la misa, Napoleón Merivet, caballero de la orden de San Gregorio, que estaba de pie en el umbral de su iglesia, recibiendo con sus cortesías graduadas y medidas á todo el mundo, tuvo la sorpresa y la alegría de ver llegar á Ricardo Fénigan con su mujer del brazo, su querida Mendelsohn, enteramente vestida de azul, como la santa de la

vidriera de colores. Mientras entraban, las palomas se arrullaban dando vueltas en torno del campanario, y el excelente anciano, risueño y contento, se inclinaba esta vez algo más que las otras, en ademán de tierna y satisfecha bienvenida.

FIN.

ÍNDICE (1)

I. — Una campana en el campo.....	1
II. — Diario del príncipe.....	10
III. — Ricardo y Lidia. — El camino de Corbeil..	15
IV. — Celos.....	63
V. — Conversación en el patio de la Pequeña Capilla.....	86
VI. — Diario del príncipe.....	108
VII. — Intermezzo.....	129
VIII. — El milagro de la Capilla.....	167
IX. — La abandonada.....	187
X. — Diario del príncipe.....	215
XI. — En el hospicio.....	231
XII. — Pum-pum.....	237
XIII. — El perdón imposible.....	271
XIV. — Día de mercado.....	283
XV. — Diario del príncipe.....	312
XVI. — En el bosque.....	321
XVII. — Doble equivocación.....	344
XVIII. — El pobre de Lidia.....	365
XIX. — El acecho nocturno.....	380
XX. — El camino de Corbeil.....	397

(1) Al publicarse la novela por capítulos en la *Ilustración francesa*, llevaron éstos los epígrafes que reunimos en el presente índice.